



nosas circunstancias otra persona de tanta fé entre los demas consejeros y fiar ménos en la sinceridad de su hijo Fernando que en la del mismo Bonaparte.

Así se hallaban monarca y valido vacilantes y descontentos, cuando llegó Izquierdo con la extraña justificación de la profanación de nuestro suelo y la misión que traían los ejércitos franceses. Enojado de ver su buena fé y su credulidad tan indignamente burladas, se decidió á seguir los consejos de Godoy é Izquierdo, que le excitaban á trasladarse á paraje seguro de cualquiera coacción material.

Se decidió también á contestar á todas las acusaciones y deshacer los sofismas de la osada memoria de Bonaparte; pero lo hizo con ménos energía de lo que reclamaba la ofensa, Izquierdo debía decir: «que el rey de las Españas, fiel al tratado hecho, sin retractarlo en cosa alguna, y fiel á la amistad con el emperador de los franceses, se encontraba pronto á repretar aquellos lazos de amistad en cuanto fuese compatible con el bienestar de sus vasallos y con el honor de su corona, sin indicar más tasa en esto que la que el mismo emperador, en caso igual y en la grandeza de su ánimo podría tener por necesaria y rigurosa con respecto á sus Estados y á sus súbditos franceses; que en materia de confianza S. M. C. con respecto á las sanas y leales intenciones de S. M. el emperador de los franceses, no podían ofrecerse mayores pruebas de las que el mismo emperador había hecho por sí mismo introduciendo en el país un número de tropas por lo ménos triplicado del que había sido convenido y viendo el agasajo y el afecto con que habían sido recibidas por más que el peso de ellas, superior á nuestras fuerzas y recursos, aumentase los apuros de la real Hacienda y el gravámen de los pueblos; que otro tanto se había mostrado aquella confianza de S. M. C., sufriendo que las tropas imperiales hubiesen sorprendido dos de nuestras plazas sin preceder explicaciones de ninguna especie, y cual no es visto hacerse de ordinario ni aun en el principio de una guerra que no ha sido declarada; acerca de lo cual, por más irregular que pareciese esta conducta, había bastado al rey para no

conceptuarla como hostil la perfecta seguridad que debían inspirarle, la estrecha amistad y la alianza que reinaba entre ambas potencias y el artículo 11 del reciente tratado de Fontainebleu en que el emperador se daba por garante á S. M. C. de la posesión de sus Estados del continente de Europa al mediodía de los Pirineos; que S. M. C. miraba aquel tratado como una obligación la más sagrada de una y otra parte sin que hubiese sobrevenido después ningún suceso ni circunstancia que pudiese quebrar, alterar ó enervar la fé y la unión recíproca pactada; que si después de la campaña marítima de 1805 no se ocupó la España con la Francia en nuevas empresas y expediciones contra la Inglaterra, S. M. el emperador no podría ménos de tener presente: lo primero que entrambos gabinetes se pusieron de acuerdo por aquella época en que, aguardando mejor tiempo, cada cual de las dos potencias emplease sus fuerzas, como mejor lo entendiese cada una en hostilizar á la Inglaterra atacando de preferencia sus navíos mercantes, sus convoyes, sus avisos y sus bajeles destacados para refuerzos y remudas de sus apostaderos; lo segundo que el gobierno de S. M. se vió entonces doblemente empeñado, ya en la atención que requería la defensa tan gloriosa que habían hecho nuestras Américas con tan grandes pérdidas del enemigo, ya en la necesidad de cubrir nuestras costas y las fronteras del Portugal contra cualquiera agresión que en nuestros Estados del continente hubiese podido intentar la Inglaterra mientras que el emperador se hallaba empeñado con todas sus fuerzas en la campaña de Polonia; que del aumento de fuerzas terrestres hecho por S. M. C. en sus dominios para tener en respeto á sus enemigos, mal podía quejarse el emperador vista la largueza con que S. M. C., no obligado por algún tratado á asistir á la Francia en sus guerras del continente, le auxilió no obstante con la brillante división española que le fué enviada para reforzar el grande ejército, y cuya vuelta prometida, hechas las paces, se esperaba todavía; que aún no era tiempo de quejarse de que la escuadra española que había zarpado de Cartagena no hubiese ya cumplido su destino, sa-



bidas bien, cual lo eran, las dificultades que ofrecían los vientos en el Mediterráneo, y la continua y extremada vigilancia de los ingleses desde Cádiz hasta Malta; que en materia de relaciones mercantiles, la Francia estaba en posesión de ser tratada como la potencia más amiga, y que el gobierno de S. M. se hallaba en estado de responder á toda queja que se le diese detallada, salvo el caso de alegar por queja que se hubiesen remitido y que se remitiesen las pretensiones desmedidas contra las leyes del país que solían hacer los comerciantes y los cónsules, interpretando los convenios y las reglas admitidas entre las dos naciones á su antojo: que en punto á contrabando era notorio estar tomadas las medidas más completas y eficaces que eran practicables en nuestros vastos litorales para cerrarle toda entrada, y que el buen efecto producido por la observancia de ellas era también notorio; que estas medidas, las más de ellas preventivas, surtían mejor efecto que los rigores extremados sin arruinar por medio de ellos las familias; que á propósito de los sucesos desagradables ocurridos en la corte pocos meses antes, cualquiera que hubiese podido ser la influencia extranjera y enemiga que los hubiese ocasionado, S. M. C. no creía que, estrechadas las relaciones de la España y de la Francia tanto como lo estaban, y en tan perfecto acuerdo sus gobiernos, pudiese echar raíz ningún partido que fomentasen los ingleses; que S. M. debía contar con la perfecta enmienda, la obediencia y el afecto de su hijo primogénito; que en prueba de esto, y á fin también de que el emperador formase idea cabal y exacta de aquellas ocurrencias, acerca de las cuales la melevolencia había esparcido las más extrañas falsedades, S. M. hacía llevarle un fiel resumen del proceso que se había formado, y al cual estaba puesto fin enteramente; «que en él vería el emperador los miramientos que se habían tenido conformemente á sus deseos en cuanto podía herir al honor de su enviado, y vería á más las muestras más sinceras del arrepentimiento de su hijo; que en tal estado de las cosas de nada estaba tan distante S. M. C. como de resucitar estos asuntos ni de tocar á los derechos de su hijo rehabili-

tado en todos ellos por el perdón que le había dado, y vuelto enteramente á su cariño y á su gracia;» que en cuanto á tratados debía fiar por la experiencia que tenía en la lealtad de S. M. C. y en la de sus pueblos; «que no hallando por su parte cosa que añadir á los existentes y vigentes se limitaba á renovar su firme voluntad de vivir en paz segura con la Francia, de concurrir á cimentar aquella paz y á hacerla favorable de igual modo á entrambas dos naciones y de luchar constante en proporción debida con sus medios y recursos contra los comunes enemigos de una y otra; que el emperador, en fin, dado el caso de que intentase demandar más pruebas de amistad á S. M. C. y añadir tratados nuevos á los hechos, no debería extrañar que el rey se situase de tal modo que fuese visto disfrutar de libertad perfecta, no siendo cosa honrosa para los dos monarcas si se dijese luego, como podría decirse, que el rey de España había tratado bajo el yugo ó la obsesión de los ejércitos franceses.»

Hay en estas instrucciones un espíritu de oposición imprudente y cobarde á la vez, que sólo podía conducir á un resultado: á estimular á Napoleon en sus designios. En casos tales la franqueza de la hostilidad es lo único que puede salvar á un rey, y si sucumbe, á lo ménos cae con gloria.

Pero Carlos estaba tan poseído de su degradación respecto á Bonaparte, y su espíritu era tan flaco que no satisfecho todavía con la moderación y pusilanimidad de la contestación entregada á Izquierdo, quiso escribir además por sí mismo al emperador dándole una especie de satisfacción personal, y que Godoy lo hiciese por su parte indicándole la posibilidad de erigir en estado neutral nuestras provincias fronterizas á condición de que se pondría á su frente algunos de los hijos de S. M. C., de que siempre sería reversible á la corona de España en los casos marcados por la ley, y de que se les conservarían sus fueros, privilegios y costumbres con el nombre de españoles. El valido escribió la carta á su pesar, y partió con ella, la del monarca y las instrucciones el comisionado (10 de Marzo); pero antes de que llegase



á Miranda, consiguió que el rey desistiese de la idea del nuevo reino que la ex-reina de Etruria, ya incorporada á nuestra corte, por su particular interés le habia sugerido, y la imprudente carta de Godoy no llegó á manos de Napoleón.

El argumento más eficaz que el válido empleó para hacer variar al rey de resolución fué la introducción de nuevas tropas francesas en la Península, que de la misma manera, sin su autorización, seguía haciendo en aquellos momentos el emperador. Había reunido otro ejército de diez y nueve mil hombres, más seis mil de la guardia imperial, con el título, ya más significativo, de cuerpo de observación de los Pirineos occidentales, que puso á las órdenes de Bessieres, duque de Istria; y tal era su prisa porque entrasen en España que fué dentro de ella ya donde completaron su organización.

Con este cuarto ejército habia en la Península, sin contar las fuerzas de Portugal, cien mil soldados de Napoleón ocupando la mitad

Los reyes y Godoy, que conocían el verdadero significado de aquellas palabras, se decidieron al fin á tomar una resolución decisiva: la resistencia ó la fuga á nuestras Américas, á semejanza de la corte de Portugal.

Con el fin de explorar la opinión pública respecto al primer objeto, abandonó la corte el Escorial, su residencia ordinaria, y se presentó en Madrid. Aquí debió ver con dolor, pero sin sorpresa, porque no desconocía su impopularidad, que los ánimos estaban en expectación y que, por efecto de las intrigas de Beauharnais y de las cartas que los agentes fernandistas escribían desde París, la opinión vulgar se hallaba tan extraviada que se esperaba de un día á otro ver á Napoleón en España con el objeto de arrojarle á él del poder y elevar á Fernando al sòlo, bien para ocuparle el solo, bien en compañía de su padre. Corrían también vagos rumores de un viaje de la corte, y esto inquietaba á las gentes suponiéndolo obra del válido con el fin de conservar su predominio sobre los reyes.

En esta inteligencia los parciales del príncipe de Asturias en la corte desplegaban toda especie de recursos para evitar que el viaje se

realizase. La reina, en la ausencia de Godoy, encontró un día sobre su mesa, fresca la tinta todavía, un anónimo en el cual se decía que su favorito é Izquierdo se lo aconsejaban por sus fines particulares, que la nación estaba alarmada temiendo verse abandonada por sus reyes, y que en vez de huir debían salir á recibir al emperador agasajándole como un amigo que se proponía estrechar con un lazo de familia los lazos naturales de ambas naciones: concluía amenazando con la posibilidad de un tumulto si se llevaba á efecto. Aterrado con esta amenaza Carlos IV y con la prueba de que el proyecto se habia traslucido, no habiéndolo confiado más que á sus hijos, llamó á Caballero para informarse del estado de los ánimos.

de su territorio, y sin que hubiesen manifestado todavía su objeto. Murat, nombrado para ponerse á su frente, como lugar-teniente del emperador, fué el primero que dijo en una proclama á sus soldados desde Búrgos (13 de Marzo) «que tratasen á los españoles, nación por tantos títulos estimable, como tratarían á los franceses mismos, queriendo solamente el emperador el bien y felicidad de España.» ¡Todavía prolongaba la perfidia!

Este, que se habia entregado á los fernandistas, aprovechó la ocasión para decirle que los rumores de su viaje á Andalucía traían muy inquieto al pueblo, y que él por su parte lo reprochaba, mucho más habiendo concebido recelos de que el príncipe de Asturias no le siguiese en virtud de lo que le habia oído. Aumentábase con esta revelación la zozobra del rey, pues viendo que su hijo habia confiado á Caballero el secreto, sospechó que por él también habia trascendido al público y que se hallaba de acuerdo con sus partidarios para estorbar el viaje con la amenaza del anónimo, el cual entregó al ministro con encargo de averiguar lo que hubiese.

Reunióse á poco Godoy con los reyes, ya trasladados á Aranjuez para estar en ruta, y les dió cuenta de las órdenes que habia dado desde Madrid á las divisiones de Portugal de que se retirasen, advirtiéndoles á los generales Solano y Carrafa que viniesen á situarse á Talavera y Toledo para proteger su marcha. El viaje, acor-



dado ya, quedó definitivamente resuelto á consecuencia de los numerosos partes que de Madrid empezaron á recibirse de la acelerada marcha combinada que en dirección á la capital hacían los ejércitos de Dupont y Moncey. Antes, empero, de emprenderlo, dijo Godoy al rey que convenia asegurarse de la decisión del príncipe á seguirles, y con este objeto se le llamó á una conferencia, á que asistió también el válido. Fernando habia vuelto á ser el juguete de Escoiquiz, apenas enjugadas, por decirlo así, las lágrimas que le arrancara el perdón de sus padres.

La sesión empezó con la lectura del anónimo y de los partes del movimiento de los franceses hacia la capital. Después tomó Carlos IV la palabra, y dirigiéndose á su hijo, le dijo con voz conmovida: «Te he dicho ya que esta sesión no es para darte quejas ni argüirte; no hay tiempo ya para otra cosa que para ver el modo de salvar la monarquía, y ¡pliegue á Dios que se nos alcance! Yo la creo en gran peligro si nos estamos quietos y nos dejamos rodear por los ejércitos franceses: otros podrán decirte, ó te habrán dicho, ó te dirán, ó tú podrás pensarlo, que nuestra retirada es perdición, y que me engaño ó que me engañan.Cuál de los dos sea el engañado podrá decirlo el tiempo; pero no es esta la cuestión. Dos voluntades en contrario una de otra, esa es la ruina cierta. Te lo afirmo, te lo aseguro como padre y como rey que no te haré ninguna culpa de que pienses de otro modo que yo pienso; de una tan sola cosa te la haría sin perdonarte, y es de que me engañases, mas que fuese por temor ó por respeto. En esta inteligencia, sin otra mira ni interés que la salud del reino, pendiente enteramente de nuestra unión de voluntades, voy á ofrecerte dos partidos. Tú podrás tener datos de que yo carezca, y por los cuales estés cierto de que Napoleón viene de paz, sin pensamiento de oprimirnos ni de imponernos sacrificios que menoscaben la corona...» Aquí hizo el príncipe ademán de querer hablar para justificarse; pero le detuvo el rey, prosiguiendo más afectado: «No, no te pido cuentas, escúchame tranquilo. Si fuere así, yo te propongo que te quedes en la corte, libre yo de retirarme más adentro con

un pretexto natural y verdadero, cual lo será el de consultar á mi salud, cuyo quebranto es bien sabido. Te nombraré entre tanto mi lugar-teniente con plenas facultades en lo militar y en lo político, sin otras condiciones que las de mantener la integridad del reino, no admitir tratados onerosos á mis pueblos, ni consentir en cosa alguna que se oponga á nuestra santa fe católica. Tú formarás tu corte y elegirás á quien quisieres para ayudarte en el gobierno, ménos Escoiquiz é Infantado, porque no es honor tuyo, ni puede serlo mio poner al frente del gobierno aquellos que tan gravemente me han faltado á la lealtad que me debían.

En cuanto á los demas, bajo mi real palabra yo los perdono desde ahora, á ellos y á todos los que antes y después me hubiesen ofendido, pronto á volverlos á mi gracia cuando la merezcan por su ulterior conducta. Si tuvieses la dicha de salir con alabanza de este encargo, te asociaré al gobierno y partiré contigo el grave peso del reinado los días que Dios me diere, que no podrán ser muchos, de vivir en este mundo. Si por desgracia yo no soy engañado, y tú, Fernando mio, fueres el que se engaña, á tus espaldas quedo yo para enmendar, si me es posible, cualquiera mal que venga. No creas que es mi intención abandonar el reino y trasladarme á la otra parte de los mares; tú sabes el respeto que yo tengo á la verdad, y yo te afirmo que mi propósito no es otro sino salvar el reino, ó por tu mano, ó por la mía, ó por las dos unidas. Si te faltase la fortuna ó la firmeza y el acierto en la encomienda que pongo á tu elección, no te daré ninguna queja, no te haré ningún cargo; te ampararé entre los brazos de tu padre, y uniéndote conmigo, apelaremos los dos juntos al honor y á la lealtad de nuestros pueblos. Ve aquí, añadió con mayor emoción, un campo de gloria toda entera si escuchare Dios mis ruegos. Pero si no te atreves á encargarte de esa empresa porque te falte la certeza de un feliz suceso, vente conmigo de buen ánimo; veamos unidos nuestros pueblos; reprime esa facción que se acredita con tu nombre y que sin él no podría nada; no vean mis ojos un tumulto y un trastorno que podría apartarnos para siempre, con deshonor de entrambos y con



gran ruina de la España...» Volvió Fernando á manifestar aquí deseos de hablar; pero le contó su padre diciendo: «Voy á acabar, contente todavía: me queda por decirte que esta resolución no la he tomado de mi solo acuerdo, y que el que ves aquí presente, sí, Manuel, es quien me la ha inspirado; es una circunstancia que podrá aumentar tu confianza. Vele aquí pronto á desnudarse de todos sus empleos, de ese poder que le había dado y le ha traído tantas enemistades y tanto golpe de calumnias. Resuélvete, pues, ahora; tú eres libre, mas sin buscar consejo ajeno; el de tu corazón tan sólo. Sea lo que fuere lo que elijas, cuenta con el afecto de tu padre y de tu madre.»

Concluir de hablar Carlos IV y arrojarle Fernando á sus pies, sucedió en un mismo instante: abrazado á las rodillas de su padre, con las lágrimas en los ojos y la voz afligida dijo: «Yo no tendré jamás más voluntad, ni más objeto, ni más amigo, ni más dueño, que mi padre; yo seré más feliz obedeciendo ciegamente á un padre tan *divino* que el Señor me ha dado, que mandando, si Dios me lo arrebatara por castigo de mis culpas. ¿Quién soy yo? ¿Qué valgo yo para tomar las veces de V. M., ni para imponer respeto á Bonaparte? Yo soy bastante joven todavía, y me podré aplicar para entender mejor la historia y la política; pero ahora no soy nada, ménos que nada, padre mío. Yo seguiré hasta el fin del mundo á VV. MM. adonde quiera que mandaren; yo no sabría hacer nada fuera de su lado...»

Volvióse después á la reina para protestarle de su amor con las palabras más expresivas, cogiéndole las manos y llenándoselas de lágrimas al besarlas.

En seguida se abrazó con Godoy diciéndole: «Tú eres mi amigo verdadero; mi corazón es tuyo; yo sería el hombre más injusto si te estimara un punto ménos que mi padre. ¿Quién me vendrá á decir ahora que tú querías quitarme la sucesión de la corona? Tú eres el ángel de la guarda de esta casa; tú salvarás el reino como lo has salvado tantas veces.»

Noble, tierno y generoso fué el lenguaje de Carlos con su hijo; pero es de sentir que en aquella ocasión solemne y en aquellos momen-

tos de sincera expansión ni Carlos IV, ni la reina, ni el valido, se acordasen de dar conocimiento al príncipe de las quejas y proposiciones que de París había traído Izquierdo. Quizá las revelaciones que aquel pliego contenía, quizá lo dispuesto que el emperador se manifestaba á la exheredación del hijo si el padre lo deseaba, hubiera obrado en aquél una reacción instantánea que le hiciese huir del camino de perdición que ciegamente seguía. Puesto al lado de su padre y llamando á una voz á los pueblos á las armas, tal vez no hubieran dado al mundo el triste y vergonzoso espectáculo de los sucesos en que veremos desde ahora envuelta la corte de nuestros reyes. Acaso la reserva fué dictada por el temor de que el príncipe desconfiase de la autenticidad de un pliego de que Izquierdo era portador, ó por el recelo de que faltase al secreto exigido al agente, yendo en seguida á quejarse á Beauharnais del menosprecio que de su persona hacía el emperador. Como quiera, el resultado fué que las sensaciones generosas de Fernando desaparecieron en breve, y cuando apenas habían tenido tiempo de secarse las lágrimas que dejara en las manos de sus padres, conspiraba otra vez contra ellos; tal era su natural condición.

Así, mientras Godoy daba las últimas órdenes á Solano y á Carrafa para que cubriesen el camino, y mientras se llamaban al real sitio con el mayor sigilo las fuerzas disponibles de la guarnición de Madrid, los agentes del príncipe esparcían por todas partes la noticia de la próxima partida, acompañándola de los anuncios y comentarios más lúgubres. Decíase que el rey iba á trasponer los mares, y que el valido hacía seguirle, á su pesar, al príncipe de Asturias. Los preparativos de un largo viaje que se observaron en la casa de la Tudó, amiga privilegiada de Godoy, fueron para el vulgo de la capital la prueba más concluyente de la certeza de los rumores. La agitación de los ánimos creció entonces á una altura tan imponente, que se creyó necesario hacer una manifestación al pueblo para calmarle, asegurándole de la buena armonía que el rey conservaba con Napoleon, y que su pasajera ausencia no tenía por objeto sino atender al decoro de la corona



y á su independencia en los tratos que con él se celebrasen. El estado mayor de la guarnición de Madrid debía ponerse de acuerdo con el Consejo de Castilla para dar esta alocución; pero este cuerpo, ó porque sospechase las intenciones con que avanzaban los franceses, ó porque estuviesen en connivencia con los fernandistas, se excusó de publicarla, y al contrario elevó al rey una representación pintándole las peligrosas consecuencias del viaje. Como nada aterrorizaba tanto á Carlos como la posibilidad de un alboroto del pueblo, siempre vivo en su mente el recuerdo de los que habían inaugurado la revolución francesa, determinó hablar por sí mismo al pueblo (día 16). En esta proclama se decía que los ejércitos franceses cruzaban la Península con ideas de paz y de amistad, no siendo su objeto sino presentarse en los puntos en que amenazaba algún riesgo de parte del común enemigo, la Inglaterra, y que la reunión de la real guardia no tenía por objeto defender la persona del soberano ni acompañarle en un viaje que la malicia había hecho suponer preciso.

Bastó esta declaración, que principiaba con la fórmula desconocida en nuestros reyes, *Amados vasallos míos*, para producir un repentino aquietamiento general y para que las gentes que había en el real sitio, aumentadas por los rumores del viaje, se presentasen á las puertas del palacio victoreando á los reyes, que salieron á recibir aquellas demostraciones de agradecimiento.

En esto, como en todo lo que pasó en aquella época de turbación y desconcierto, la opinión juzgó con un lamentable extravío. La retirada de los reyes á una plaza fuerte de la costa era conveniente, ora para prepararse á la resistencia contra ejércitos que avanzaban con siniestro aspecto, ora, si la nación no respondía, como era de temer, al llamamiento de Godoy, para preservar la corona de un atentado interponiendo los mares. Pero como nadie temía semejante pensamiento del emperador, aquella disposición, la más acertada, aunque tardía, de cuantas había Godoy tomado, se miraba como la mayor calamidad que pudiera acaecer á la monarquía, porque alejaba y ponía en riesgo

de perderse el engañoso término de sus esperanzas, el deseado Fernando.

El mismo día en que Carlos resolvió hablar al país, determinó también que el príncipe de la Paz escribiese al gran duque de Berg cumplimentándole de su parte y procurando sondear sus intenciones. Hallóle el comisionado cruzando el Somosierra; pero en vano se esforzó por desentrañar sus miras. Díjole que hasta aquella fecha (el 18), no había recibido orden ninguna del emperador para penetrar en Madrid; que las esperaba al día siguiente, y las participaría á Buitrago; que su dirección era á Cádiz, mas no era imposible que hiciese su tránsito por la capital, y se detuviese en ella algunos días, aunque no lo haría sin convenir con el monarca español el número de tropas que debiesen penetrar; que muy en breve se sabrían las sanas intenciones del emperador, que debía entrar en España dentro de cuatro ó cinco días, y que entre tanto esperaba se darian las órdenes oportunas para que nada faltase á su ejército. Esto era pedir á la víctima que alimentase á la fiera hasta el momento en que debía ser devorada.

Al regresar á la corte el comisionado, ansioso de comunicarle sus recelos, encontró lleno de sorpresa que todo había desaparecido en su breve ausencia; Carlos IV había bajado del trono, Godoy estaba preso, sus parciales fugitivos, el gobierno mudado, la corte disuelta, y todo había caído en medio de un pueblo tumultuado.

Fuese por inadvertencia ó porque no se hubiese desistido absolutamente de la idea del viaje, cuando se publicó la proclama real negando tal proyecto, no se dió la contraórden á las tropas de Madrid para dejar de ir á Aranjuez. Como el pueblo descansaba en la creencia contraria, al esparcirse en la mañana del 17 la noticia de que la mayor parte habían salido la noche anterior, volvió á levantarse el hervor de los ánimos, y con más fuerza, creyéndose todos juguete de un pérfido engaño. La vista de la guarnición en Aranjuez produjo todavía mayor alarma, porque allí habían concurrido á encerrar á los reyes como en una jaula todos los principales partidarios de Fernando. Al punto